

NA
RRA
TTVA

«Ya no se hacen muchachos como René Crevel», le dijo Gala a Dalí, contemplando a unos jóvenes, muchos años después de que Crevel se suicidara. Crevel había pasado los mejores días de su vida en Portlligat, acompañando a Dalí y a Gala, viviendo su ascetismo, desnudos por aquellos parajes, al menos en el recuerdo de Dalí que escribió un texto sensacional sobre su amigo, con cuyo nombre le gustaba jugar hasta el punto de inventar una disciplina: René era renacer; Crevel, reventar. Era su constante juego, morir de manera abrupta y renacer con la misma violencia, de donde cultivaba la fenixología, deporte que consistía en hacerse añicos y recomponerse constantemente, «el aliento vital de reventar» en traducción daliniana.

Como se sabe, el texto más conocido en español de Crevel es precisamente el ensayo que le dedicó a Dalí, y su nombre figura siempre en la primera línea del batallón surrealista, del que expulsaron a Dalí, según él por su admiración por Hitler y su condena del comunismo, lo que no le impedía admirar y querer a Crevel, uno de aquéllos que intentaron la imposible síntesis entre comunismo y surrealismo de la que el segundo no tenía más remedio que salir perdiendo hasta la abolición o la obra enfática y huera de los Breton, Aragon y Neruda que una vez uniformadas las ganas de sumergirse en el subconsciente para jugar a la propaganda, escribieron auténticas tunanterías de hinchas desbocados.

Con encomiable exactitud Julio Monteverde llama a Crevel el hombre desbordado, precisamente por ese énfasis que puso siempre en lograr una síntesis entre combatientes en principio irreconciliables, quizá porque su mente matemática confiaba en que si menos por menos da resultado positivo, una cosa que niega a otra, al fundirse con ella, arroja también un saldo activo. Así, la alta burguesía a la que pertenecía asistió a su evangelización comunista, su bisexualidad se zambulló en los ambientes homosexuales de París, su enérgica prosa aspiraba a la poesía, el odio a la familia trató de verse las caras con el amor por un séquito de amigos que no dejaba de repetir la dialéctica familiar con otra jerarquía. Era difícil que encontrara sitio: novelista entre poetas, tuberculoso entre los sanos, bisexual entre homosexuales, co-

RENÉ CREVEL

El hombre desbordado

Se traduce por primera vez al español 'La muerte difícil', novela autobiográfica del escritor surrealista y audaz, con prólogo de su amigo Salvador Dalí. Un triángulo amoroso en el que la familia como institución sale muy mal parada

POR JUAN BONILLA

munista entre aristócratas... Su obra de militante surrealista ha venido tasando su presencia como autor de imágenes atrevidas, y sin embargo...

Antes de diluirse en el grupo surrealista, Crevel fue un magnífico narrador que dio luz a unas cuantas novelas audaces, críticas, eficazmente escandalosas, más o menos autobiográficas. En tres o cuatro años publicó un arsenal imponente que vale por toda su obra posterior, que es precisamente la que adula y encanta a Dalí. En 1924 publicó *Desvíos* -y aunque ese mismo año ya colabora en el número uno de la revista *Surrealisme*, sus novelas de 1925, *Mi cuerpo y yo*, 1926, *La muerte difícil*, y 1927, *Babilonia*, compo-

nen uno de los *corpus* más interesantes y potentes de la narrativa francesa de la época. La autoficción, tan en boga, ya estaba allí nítida, valiente, destructiva.

El Paseo Editorial publicará (el 25 de marzo) en precisa traducción de Julio Monteverde, *La muerte difícil*, novela protagonizada por un toxicómano encomiable que se enamora de un americano muy sobrado mientras mantiene su relación sentimental, más filial que erótica, con su amiga Diane. El triángulo amoroso está servido para espantar la paz de lo correcto, pero lo que impacta en la novela es la asfixiante atmósfera de la vida doméstica que yergue, un retrato minucioso y veloz en

el que la familia como institución sale muy mal parada. Ese ambiente ruinoso, hecho de dudas y mentiras, de humillación constante, trata de poner en pie un retrato al natural de la generación a la que le tocó ser joven tras la Gran Guerra, una generación de la que algunos componentes, en aras de la liberación, cayeron en distintos abismos. El personaje de la madre es, narrativamente, glorioso: no tuvo que inventar nada Crevel. «Mi madre es basura», escribió. Cuando su padre se ahorcó, siendo él chiquillo, su madre le obligó a entrar en el cuarto donde aún se balanceaba el cadáver para que viera cómo acaban los cobardes. *La muerte difícil*, que el editor define como «rebatada novela sentimental», vale también como documento de los ambientes radicales de la juventud de principios de los años

Cuando su padre se ahorcó, siendo él un crío, su madre le enseñó el cadáver bamboleante para que viera "cómo acababan los cobardes"



Los escritores Tristan Tzara y René Crevel, fotografiados en 1928 por Man Ray. MAN RAY TRUST, VEGAP, MADRID, 2019

20 y por un tratamiento sin tapujos del deseo sexual, que fue, como es normal, lo que más escandalizó a la época. Pero más allá de su valor como testimonio de época que ha mantenido, gracias a la frescura de la prosa y el ritmo de Crevel, toda su fuerza y su nitidez, *La muerte difícil* -de la que Klaus Mann dijo que «era uno de los libros fundamentales para conocer la esencia de la juventud europea tras la Gran Guerra»- alienta todavía porque nos presenta a un personaje inolvidable que nos lleva de la mano, con el gesto torcido por el asco y también por la felicidad, que por supuesto será derrotada, por un mundo donde el yo le quiere echar un pulso al mundo y el mundo lo aplasta sin dejarle al yo otro consuelo que poder expresar su aniquilación. La novela tiene algo de premonitorio porque esa sería la suerte que correría Crevel. En su búsqueda de la síntesis de contrarios, aprendió joven aún, joven ya para siempre, que en la partida entre Eros y Thanatos, el Eros sólo puede aspirar a unas cuantas «muertes pequeñas», como llaman los franceses al orgasmo, antes de que llegue la jugada definitiva. (2)